J. L. Ruffo

Las aventuras de Oliver Crow

las brujas de ocan

Las aventuras de Oliver Crow
Las brujas de Ocan
J. L. Ruffo

Editado por:
PUNTO ROJO LIBROS, S.L.
Cuesta del Rosario, 8
Sevilla 41004
España
902.918.997
info@puntorojolibros.com

Impreso en España
ISBN: 9788418074455
Depósito Legal: SE 2209-2019

Maquetación, diseño y producción
© 2019 J. L. Ruffo
© 2019 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

Las aventuras de Oliver Crow

las brujas de ocan

J. L. Ruffo

A mis hijas, Cristina y Claudia,
el mejor regalo que las estrellas me concedieron.

—Espero que estéis todos en vuestros puestos…

—Aquí Saty, estoy lista.

—Perfecto, Saty. ¿Itui, por dónde andas?

—Pasando un calor de mil demonios… Nadie me avisó de que tendría que venir disfrazado.

—Oye, menos quejas, yo llevo la misma ropa que tú.

—Oli, eres un quejica. Lo del calor me lo cuentas cuando todo tu cuerpo esté cubierto de pelo, lleves dos rocas atómicas y vayas paseando por un pueblucho abandonado en medio del desierto. Como las rocas exploten saldremos todos por los aires.

—Dale tiempo, Itui, no olvides que nuestro jefe solo tiene quince años… muy pronto lo verás pasándose la cuchilla láser todas las mañanas.

—Son casi dieciséis… ¿podemos cambiar de tema? Llamadme raro, pero no me gusta demasiado hablar de mi vello corporal antes de reunirnos con estos matones.

—Oli tiene razón. ¿Podemos centrarnos en la misión?

—Gracias, Emily.

—Qué bonito es el amor a estas edades.

—Ja, ja, ja.

—¡Otra vez con eso! ¡Saty, estáis muy pesaditos con el tema!

—Ups… no me digáis que lo he dicho en voz alta. Lo siento, chicos, creí que hablaba solo en mi pensamiento.

—Ja, ja, ja.

—Itui, deja de reírte, vas a conseguir que nos descubran.

—Tranquila, Emily, si no es por la risa de Itui será porque la cara de Oli debe estar ahora mismo como una luz roja.

—¡Es verdad! ¡Se pone colorado cuando hablamos de estas cosas!

—Itui…

—Lo siento, Emily, de verdad, pero es que… Ja, ja, ja, ja… es que su cara se pone como un tomate, ja, ja, ja…

—Ja, ja, ja… es verdad, sobre todo sus orejas.

—Lo que me faltaba, Emily, ¿tú también?

—Lo siento, Oli, pero te imagino como dice Itui… y lo siento, pero es verdad. Aunque no te veo, puedo sentir que te ruborizas.

—¿Ruborizarse? ¡Pero si transmite hasta calor y todo!, ¡tened cuidado, ahora sí que pueden explotar las rocas!

—Ja, ja, ja, ja… no puedo más, voy a empezar a llorar de risa.

—Ja, ja, ja...

—Ja, ja, ja, ja...

—¡Venga, vale! ¿Queda alguien más que...?

—Lo siento, Oli, será que estamos un poco nerviosos, no te lo tomes a mal.

—Perdona, Oliver, todo es por mi culpa.

—Por fin un poco de cordura. Está bien, todo queda olvidado, Saty.

—Gracias, pero reconoce que tienes suerte de que Emily no sea como yo... Ya sabes que a mí me van más las chicas de piel azul que los chicos de piel rojiza.

—Ja, ja, ja...

—Ja, ja, ja, ja...

—Ja, ja, ja...

—Vale, estupendo, los tres os reís a mi costa, menos mal que Beny no puede reír.

—Pues no sé qué decirte, Oliver, porque está aquí a mi lado y aunque no puedo verlo con los ojos, percibo que está moviendo la cola.

—Eso es una señal evidente de alegría.

—¡Guau!

—Beny acaba de confirmarlo, Saty.

—Ja, ja, ja, esto es genial… no puedo parar de reír.

—Me parece perfecto, podéis bromear a mi costa todo lo que queráis, pero os aseguro que como la misión falle por no estar concentrados…

—Venga, chicos, ya está bien, Oli tiene razón.

—¡Vaaaale! Lo siento.

—Yo también, Oliver.

—Oli, Oliver… responde.

—Vaya, parece que esta vez se ha enfadado de verdad.

—La culpa es tuya, Itui.

—¿Yo? ¿Pero qué he hecho yo ahora? Además, la que empezó con la broma del amor fuiste tú.

—Venga, Oli, contesta.

—¿Tienes contacto visual?

—No, ya os avisé que en este planeta la transmisión iba a ser muy complicada.

—Oli, tío, vamos, no puedo creer que te enfades por estas cosas.

—Sigue sin responder.

—Oli, ¿qué ocurre?

—Cero… nada, no hay manera.

—Emily, ¿sigues monitorizando sus constantes vitales?

—Sí, así es, sus constantes vitales son correctas, pero percibo que ocurre algo malo.

—Maldita sea, no le veo. ¿Cómo ha podido desaparecer?

—Esto no me gusta, debe ser cosa de Cara de Diamante. Voy a entrar en la cantina.

—Espera, Itui.

—Cúbreme desde tu posición, Saty.

—*Ok*.

—Itui, si te mueves no podré seguirte, te perderé de vista a ti también.

—No te preocupes, Emily, dejo el audio abierto, pero ahora voy a cruzar el pueblo, no podré hablar con vosotras.

—Además, imagino que habrá gente de la Banda de Cara de Diamante escondida por todos lados.

—Ya os dije que no me gustaba nada hacer tratos con esta gentuza.

—Ahora no es el momento, Saty.

—Tienes razón.

—Dime si, desde tu posición, puedes seguir a Itui.

—*Ok*, así es. Acabo de ver a nuestro monje salir del callejón y cruzar al otro lado de la calle, ahora ha pasado por la oficina del *sheriff*...se dirige hacia el *Saloon.*

—¿Puedes ver a alguno de los secuaces de Cara de Diamante?

—No, no detecto a ning… un momento.

—¿Qué ocurre, Saty?

—Un momento, esto no me gusta nada, tres… no, cuatro… cinco, seis. Diez. ¡Han salido todos de varios callejones y se dirigen a la cantina en la que acaba de entrar Itui! ¡Es una emboscada!

—Saty, no pierdas la calma. Kayla, tenlo todo preparado.

—Recibido, Emily.

1. La banda de cara de diamante

El sonido del pisar de las botas con espuelas aumentaba de manera intencionada cada vez que algún forastero entraba en el local. Cuando llegaron por primera vez a aquel planeta, ninguno de los chicos sabía realmente qué era aquel extraño lugar de encuentro con un gran cartel en su entrada que decía *Saloon*. Después, averiguaron que era una especie de taberna donde se daban encuentro la mayoría de los personajes indeseables de la galaxia. Contrabandistas, ladrones, tramposos, asesinos y demás escoria, se concentraban allí para emborracharse, pelearse, ajustar cuentas o cerrar tratos ilegales entre ellos. Quizás aquel lugar no era el más seguro para el grupo de Oliver, pero al menos tenían la certeza de que allí escaparían al control del ejército de Valafart. Además, necesitaban las dichosas piezas para que la nave pudiera proseguir su viaje. Comprar otra nave, aunque fuese en el mercado negro, era algo que quedaba fuera de su alcance, por lo que tuvieron que conformarse con repararla y, para ello, era necesario un emblasador de Turbirio además de dos escapes de Licuación. Como en cualquier lugar de la galaxia, la compra y venta ilegal de mercancías estaba controlada por las mafias, quienes operaban tras las sombras de las leyes vigentes. Teniendo en cuenta que la mayoría del territorio estaba dominado por Valafart, los capos de estas empresas delictivas intentaban no llamar demasiado la atención, sin embargo, el que no

fuesen amigos del malvado comandante, no les libraba de ser grupos llenos de tipejos detestables con los que había que saber negociar y tener especial cuidado. En estos años, Oliver y sus amigos tuvieron que acostumbrarse a vivir en esos mundos, al fin y al cabo, ellos también eran fugitivos y necesitaban de víveres para poder subsistir. No era la primera vez, por tanto, que el hijo del capitán Crow se las tenía que ver con tal calaña, aunque en esta ocasión todo era mucho más complicado. Encontrar a quienes les podían conseguir esas piezas había resultado una tarea muy difícil, por no hablar del desorbitado precio. Finalmente, su única opción para conseguirlas era la conocida como Banda de Cara de Diamante, unos indeseables que, incluso dentro de ese mundo oscuro y vil, tenían fama, bien ganada a pulso, de ser unos seres muy peligrosos. Por si esto fuera poco, Cara de Diamante no les había pedido dinero por ellas, sino un trueque. El precio impuesto para poder adquirir las piezas había sido dos ejemplares de RocaNova, un extraño mineral cuyo núcleo estaba compuesto por energía atómica y cuya extracción y manipulación eran extremadamente peligrosas, lo cual no impedía que fuese muy demandado en el mercado negro de armas para crear bombas o láseres atómicos excesivamente potentes. Esa era la razón por la que solamente alguien loco o desesperado se jugaría la vida para conseguirlo. Y el grupo de Oliver, aunque muy cuerdo, sí que estaba desesperado. Antes de nada, intentaron reunir el dinero para las piezas con otros encargos, sin embargo, con una nave lenta, estropeada y en un mundo donde el jefe supremo de la galaxia había puesto precio a sus cabezas, les había resultado imposible. Por ello aceptaron el encargo y arriesgaron

sus vidas para conseguir las rocas. Si los chicos querían mantenerse alejados de las garras de Valafart no les quedaba otra opción. Todo el grupo estaba deseoso de acabar de una vez por todas con esta historia. Desgraciadamente y a pesar de sus precauciones, cuando creían estar a punto de culminar y conseguir las piezas, Cara de Diamante les tenía preparada una sorpresa.

—Pasa, no te quedes en la entrada, ¡pasa y ponte cómodo simio! —repitió una voz desde el fondo del local—… a pesar de tu disfraz sabemos quién eres… —Itui intuyó que algo iba mal en cuanto dejó de oír la voz de Oliver en su transmisor, pero hasta ese instante había mantenido la esperanza de que no los hubieran descubierto—. Por favor, Itui, ¿no te llamas así? Pasa y siéntate, tienes que dejar paso a mis chicos. No querrás que mis amigos se pierdan nuestra pequeña fiesta, ¿verdad?

El simio no tuvo más remedio que hacer lo que la voz le ordenaba. Se retiró la capucha del hábito de monje y, con el rostro descubierto, se sentó en una de las pocas sillas vacías que había en el local. Desde su asiento pudo mirar directamente a los ojos de ese ser conocido como Cara de Diamante. El rostro del jefe de aquella banda de ladrones hacía honor a su nombre. Sus rasgos felinos le proporcionaban unas facciones que evocaban a un coyote, aunque sin pelo alguno sobre su piel. Su cara había quedado desfigurada hacía muchos años cuando sobrevivió milagrosamente a una explosión en la mina de diamantes en la que cumplía condena. Desde entonces, y como recuerdo de aquel acontecimiento, miles de pequeños trozos de piedras preciosas se habían quedado incrustadas en su rostro brillando intensamente cada vez que la luz se posaba sobre él. A pesar de que al hablar no abría demasiado el hocico, este dejaba entrever unos

temibles dientes. Sin embargo, la característica de Cara de Diamante que realmente hacía temblar a sus enemigos era su increíble sistema de visión. Uno de sus ojos robotizados tenía la capacidad de aumentar hasta límites extraordinarios su agudeza visual, haciendo *zoom* con la pupila como si de una mira telescópica se tratase. Bien fuese por su puntería legendaria o por cualquiera de sus muchas habilidades, lo cierto era que aquella especie de coyote ciborg se sentía superior a sus adversarios y, quizás por ello, permanecía tranquilo y distendido. Sentado al fondo de la taberna y bajo un sombrero negro a juego con el resto de su indumentaria, todo el conjunto parecía estudiado para obtener una apariencia elegante, pero tenebrosa al mismo tiempo. Itui no pudo contar con exactitud cuántos bandidos de Cara de Diamante habían entrado ya en el local con sus armas desenfundadas y apuntando directamente hacia él. Su verdadero objetivo era encontrar a su amigo, pero ¿dónde diablos estaba Oli?

—Mira hacia la planta de arriba, mono… —Cara de Diamante respondió a la pregunta de Itui sin que este dejara escapar de sus labios sonido alguno. Desgraciadamente, la contestación a su no pregunta le permitió ver la delicada situación en que se encontraba Oliver. El hijo de los Crow, también ataviado con una sotana, permanecía amordazado mientras una gruesa cuerda rodeaba su cuello desnudo. A pesar de lo desgarbado de su aspecto, con una medio melena rubia mezclada con mechones de pelo más oscuros, y de las manchas de carbón que adornaban su cara, el reflejo de su corta edad se vislumbraba fácilmente si mirabas a sus ojos. Oliver, a pesar de todo lo vivido, aún poseía en la mirada los trazos del niño que todavía no había abandonado su cuerpo. Los restos negros de su cara se debían

principalmente a las sucias manos con las que el lacayo de Cara de Diamante había ajustado el nudo de la soga. Era el mismo tipo harapiento que le apuntaba ahora con un arma directamente hacia la cabeza, por si a Oliver le apetecía deshacerse de la incómoda «bufanda» que tapaba su cuello.

—Habíamos hecho un trato… —Itui intentaba apelar a una supuesta «ley de nobleza» entre forajidos a la que su interlocutor y sus secuaces parecían no obedecer—. Hemos traído lo que nos pediste. —Sin tener tiempo para abrir la bolsa en la que llevaba las dos RocaNova, Itui sintió cómo las armas de los seguidores de Cara de Diamante se acercaban de una manera más amenazante si cabe.

—Chicos, chicos… tranquilos, nuestro amigo no sería tan estúpido de intentar ninguna cosa rara —dijo su jefe en un tono burlonamente tranquilizador—. ¿Verdad, mono?

El énfasis que usaba cada vez que pronunciaba la palabra «mono» servía para otorgarle el matiz despectivo con el que Cara de Diamante mostraba su menosprecio por todos los miembros de la especie de Itui.

—Aquí tienes lo pactado, deja en paz a mi amigo —dijo Itui, depositando un pequeño cofre en la mesa que al abrirlo dejaba al descubierto las dos piedras—. Sí, ya sé que habíamos quedado aquí con vosotros dos para cumplir nuestro trato… chicos. De veras, lo haría encantado, pero por desgracia no puede ser.

El incómodo silencio reinante en el salón solo era interrumpido por la conversación que mantenía Itui con Cara de Diamante. Tanto los que trabajaban en aquel tugurio como sus clientes sabían que mantenerse al margen era lo único que les podía garantizar salir de allí con vida. Además, la fama de Cara

de Diamante y su banda era de sobras conocida y pocos eran los que se atreverían a desafiarlos. Sabedor de su posición ganadora, antes de seguir hablando, la boca de aquel malhechor dedicó unos segundos a ingerir el licor de un pequeño vaso que había en una mesa junto a él.

—Como te comentaba, hubiera deseado cerrar el negocio con vosotros, pero en los últimos días me ha llegado una oferta que no puedo rechazar.

¿Una oferta? Itui no sabía a qué se podía referir. Incluso descubriendo quiénes eran y lo preciada que la cabeza del joven Crow podía llegar a ser, estaba convencido de que el ejército de Valafart no era muy querido por aquellos lares. Aun así, deseaba que Cara de Diamante siguiera hablando mientras él buscaba la manera de que tanto él como Oli salieran vivos de allí.

—Espero que me entendáis… —Cara de Diamante seguía su discurso—, pero tenéis que comprender que solo soy un humilde comerciante y que debo regirme por la ley de oferta y demanda.

—Corta el rollo, ¿quién te ha ofrecido un precio por nosotros?

—Vaya, vaya… a nuestro amigo mono le gusta ir directo al grano.

—Contesta —dijo Itui desafiante a pesar de su clara desventaja.

—Digamos que hay unos señores que están muy interesados en vosotros, bueno, especialmente en el rubito de arriba…

—¿Quién puede querer algo de unos contrabandistas de poca monta como nosotr…?

Cara de Diamante no le dejó acabar la pregunta.

—Vamos, vamos, no seas humilde… El equipo de Oliver Crow, el niño de la profecía… —A Itui no le gustó que su fama hubiera llegado a los confines de la galaxia—. Sois muy ingenuos si de verdad creíais que Cara de Diamante no está al tanto de quiénes son sus socios.

—No es ingenuidad, simplemente pensaba que, aunque fueras un miserable, nunca te venderías a Valafart.

—Y tienes razón, no me gusta ese asqueroso lagarto y su ejército, por esa razón no os vendo a él…

—No nos vendes directamente, querrás decir.

—Vaya con el mono, al final vas a resultar un chico listo… —Mientras aplaudía, Cara de Diamante se puso de pie y se acercó un poco más a Itui—. Así es, aunque yo no haga tratos con esa escoria no quiere decir que otros no lo hagan, y puedo asegurarte que algunos están dispuestos a pagar una suma muy elevada por vosotros.

—Cazarrecompensas… —Al escuchar a su compañero pronunciar esa palabra, Oliver recordó la primera vez que oyó hablar de esos tipejos dispuestos a matar o secuestrar por una buena suma de dinero que el poder de turno ofrecía a quienes lo entregasen vivo o muerto. En aquella ocasión su odiado mentor acabó con ellos de manera rápida. «Qué bien les hubiera venido un Tarko ahora para salir de allí»

—Eso es mono, muy bien, verás, te planteo dos opciones: La primera es mataros ahora mismo y entregaros a mi cliente. Obviamente cobraremos menos, pero te confieso que la cantidad es tan elevada que tampoco me importaría. En la segunda, te doy mi palabra de no mataros, aunque deben entregarse también

tanto vuestras compañeras como el pulgoso biónico al que llamáis Beny.

Itui estaba sorprendido. No esperaba que Cara de Diamante tuviera tanta información. Estaban acorralados, pero no estaba dispuesto a traicionar a sus amigas. Aunque estaba convencido de ello, miró a Oli que, amordazado, movía enérgicamente la cabeza hacia uno y otro lado, dando a entender que tampoco quería entregar al resto del equipo.

—¡Tú decides, mono! Cinco segundos y tu amiguito rubio morirá ahorcado y tú de varios disparos de mis hombres. Si quieres evitarlo dinos dónde están los demás.

Itui guardaba silencio mientras Cara de Diamante alzaba su voz para la cuenta atrás.

—Cinco… cuatro… tres… dos… uno… muy bien, mono, tú lo has querido. ¡Matad al niño!

A partir de ese momento todo transcurrió a una velocidad de vértigo y sería difícil explicar con precisión el orden en que los siguientes actos se sucedieron. A la orden de Cara de Diamante, su secuaz empujó a Oli para que la soga hiciera su trabajo. En el mismo instante, un nuevo y desconocido personaje entró en el salón y su voz grave y distorsionada retumbó en el local con el sonido de las puertas oscilando con fuerza como única música de fondo.

—¡Deteneos!

Pero era tarde y nadie parecía poder parar lo inevitable. El cuerpo de Oli cayó esperando tan solo que el cordón se tensara y acabara con su vida. Itui, que no quería verlo, cerró los ojos las centésimas de segundo suficientes que le impidieron observar cómo el mismísimo Cara de Diamante sacaba un puñal de su

muñeca y con una precisión milimétrica lo lanzaba hacia la cuerda atravesándola por completo y evitando así la muerte de Oliver. De lo que nadie pudo salvar a Oli fue del «impresionante castañazo», término que usaría después Emily para burlonamente recordarle a su amigo el brutal golpe, que el joven Crow se propinó contra una de las mesas que acabó hecha astillas.

—Uyyyyyy —se quejaba dolorido el pobre Oliver mientras intentaba, todavía aturdido por el golpe, ponerse en pie.

—¿Estás bien, Oliver? —su amigo Itui se preocupó por su estado. El simio todavía estaba sorprendido y no tenía muy claro cómo se había librado Oliver de su suerte puesto que cuando abrió sus ojos ya estaba en el suelo.

—Reconozco… —pronunció quejoso, tras quitarse él mismo la mordaza —… que he tenido momentos mejores.

El hijo de los Crow estaba tan confundido que dirigió su mirada hacia Cara de Diamante sin poder decidir si tenía que atacarle o abrazarle, agradecido. Pero tras este paréntesis, todo volvió a la normalidad. Los miembros de la banda de Cara de Diamante apuntaron sus armas hacia Itui, Oliver y el extraño forastero que acababa de entrar en el local. El misterioso ser era de una altura considerable, de unos dos metros aproximadamente. Un sombrero negro tapaba su cabeza mientras una siniestra, pero a la vez bella máscara veneciana hacía lo propio con su rostro. Finalmente, su espigado cuerpo se ocultaba bajo una larga gabardina oscura y cerrada por completo desde el cuello hasta el suelo.

—Vaya, vaya… un nuevo actor entra en la escena —comentó Cara de Diamante—. ¿Quién eres forastero?

—No hay tiempo para presentaciones —respondió este con su voz distorsionada—. Tirad vuestras armas al suelo y entregad las piezas a estos jóvenes. Lo siento, también nos quedaremos con el dinero que debíamos pagaros. Vuestra avaricia nos obliga a ello.

Cara de Diamante se mostró ligeramente sorprendido tras la petición del personaje misterioso que tenía ante él. Una mínima sonrisa volvió a escapar de sus labios justo antes de responder:

—¿Y quién va a convencerme para que lo haga? ¿Tú?

Entre las voces de ambos siempre había una mínima pausa que aumentaba la tensión.

—No se me da bien conversar. —De nuevo el silencio se adueñó del breve paréntesis que se produjo en la conversación. El tiempo justo para que el extraño sacara de su manga una esfera que mostraba unos dígitos que, desde el cien, bajaban a velocidad de vértigo hacia el cero—. Estoy seguro de que mi amiga tendrá más éxito…

Los lacayos de Cara de Diamante miraban con un respeto muy próximo al pavor, lo que parecía una bomba termal suspendida sobre la mano derecha del desconocido forastero.

—Tú decides, Cara de Diamante… —dijo Oli al pistolero más buscado del sistema—. Tu ventaja son tus hombres y tu puntería, la nuestra es que no tenemos nada que perder. La explosión del detonador junto a las rocas hará saltar por los aires este maldito planeta. — Estas últimas palabras de Oliver retumbaron en el *Saloon*. Nada ni nadie se movía. Mientras, la tensión se iba acumulando allí dentro.

—Además, la recompensa es mucho mayor si nos capturas vivos. Por eso me has salvado —apostilló el joven Crow.

Sin embargo, nada parecía inmutar a Cara de Diamante, quien apostó por mantener su jugada.

—No creo que seáis capaces, todo esto es un farol, Oliver Crow.

—¿Un farol? —Oliver sonrió irónicamente antes de continuar—: Nosotros preferimos morir que caer en las manos de Valafart, ¿estás dispuesto a arriesgarte?

50, 49, 48, 47, 46, 45… La cuenta atrás se aproximaba a su fin. Sin embargo, los segundos que siguieron a la contestación de Oli parecieron transcurrir a cámara lenta. Los secuaces de Cara de Diamante comenzaban a mirar a su jefe, nerviosos; aun así, este permanecía impasible. Su mirada se centraba en el joven Crow intentando encontrar, como si de una partida de *póker* se tratase, cualquier gesto que pudiera revelarle las cartas de su adversario. 30, 29, 28, 27, 26… ¿Tan desesperados están? Se preguntaba a sí mismo Cara de Diamante. 20, 19, 18, 17, 16… Las gotas de sudor se deslizaban por las caras de algunos de los presentes. 7, 6, 5… Hubo quien prefirió cerrar los ojos ante lo que parecía un final inevitable. 3, 2…

—¡De acuerdo! ¡Tirad las armas! —dijo en voz alta Cara de Diamante. Los miembros de la banda le hicieron caso a su jefe de inmediato. Por su parte, el extraño apretó ligeramente la bola que tenía en su mano y la cuenta atrás se detuvo en 01. La mayoría de los asistentes volvió a respirar tras unos eternos segundos aguantando la respiración. Oliver e Itui aprovecharon para coger dos revólveres láser y, lentamente, situarse junto a su desconocido aliado—. Dadle lo que pide —ordenó Cara de Diamante.